



CONVERSACIÓN
EN PERISH GARDEN

Mauricio López

CONVERSACIÓN EN PERISH GARDEN



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Mauricio López

ISBN: 979-13-87814-74-8

ISBN digital: 979-13-87814-75-5

Depósito legal: M-15765-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Más tarde, cuando su percepción de que de todo hay en la viña del Señor lo abandonó, comenzó a ver los escritos de Shakespeare como algo peligroso para él. Cuanto más placer obtuviera la gente de Shakespeare, menos caso le harían a Tolstói.

GEORGE ORWELL

Así cita a un joven estudiante de Filosofía y Literatura de Upsala y le hace decir a continuación: «La lucha entre los dos poderes gigantescos antintelectuales, el dinero americano y el fanatismo ruso, no deja ya ningún espacio para la independencia y la integridad intelectual. Nos vemos forzados a tomar partido y, al hacerlo, a traicionar precisamente todo lo que deberíamos defender y enarbolarlo». Sin duda, eso debería servirle para la racionalización de su afán de muerte, pero además es verdad. Lo patológico puede muy bien representar la verdad.

THOMAS MANN

Quien recorra los apartados rincones de Vermont, como yo suelo hacer a menudo, saltando vallas de piedra vacilantes y deterioradas y salientes cubiertos de musgo, se encontrará con cimientos antiguos, montones de ladrillos rojos, molinos de agua infestados de maleza. A lo largo de las carreteras, macizos de lilas señalan el camino de entrada a granjas ya desaparecidas, con algunos manzanos supervivientes entre los arces y los abedules.

SAUL BELLOW

ÍNDICE

I. Burlington, Vermont.....	13
II. Curtis	61
III. La parte sin leer	97
IV. Perish Garden.....	121

I. Burlington, Vermont

Para los extranjeros, hallar el punto exacto donde se emplaza el Perish Garden, es dar con una inequívoca hazaña de viaje. No solamente porque en este pequeño bistró se hayan gestado algunos episodios jocosos y dramáticos de la vida en Vermont, sino porque sigue siendo uno de esos lugares donde pintores y escritores de poca visibilidad en el panorama artístico norteamericano hallan su nicho, su lugar de preferencia para pasar sus tardes de desasosiego o sus noches de exceso de bebida. La cerveza sigue siendo barata y la atención que se dispensa a quienes entran a este recinto tiene sus particularidades, pues no se rige bajo las leyes de la premura y de la circulación constante de propinas. El aroma a madera envejecida, combinado con el olor a betún y a cera, junto al sonido de las jarras de cerveza entrechocando sus estructuras de vidrio, ayudaban a que la idea de la rentabilidad de cada espacio de trabajo se dispersase y se quisieran prolongar aquellos trances meramente contemplativos, donde la gracia atemporal de la madera y la frescura de la cerveza helada y espumosa convidaban a llevar a cabo pequeños asentamientos nocturnos, y a ol-

vidarse brevemente de sí mismos. La ubicación del lugar no es tan difícil de hallar, pues con solo decir que está en uno de los recovecos de la calle de la Iglesia, junto a una pintura mural que representa un episodio de la revolución francesa, se recalca propiamente en este. El hecho de que sea frecuentado por artistas poco visibles, desde luego no ha impedido que por este lugar hayan pasado escritores que adquirieron renombre internacional, como el novelista Bernhard Chesthorn o que, una catedrática destacada de nombre Irene Marteló, asidua profesora visitante de las universidades de la Ivy League, gestase su propia historia dentro del bistró e hiciese notables amistades con las camareras. Todavía queda una que otra camarera de cuando aquel local que vio pasar por sus paredes a tantos aspirantes a escritores, pintores o escultores, apenas surgía. Es el caso de Betty, que recordaba los canturreos de la profesora Marteló en la flor de la juventud, con esa voz rauca y a la vez eufónica, tan propia de las mujeres españolas habituales a comenzar conversaciones, de algún modo, quebradizas:

*Oh, Betty, no serás la primera ni la última mujer de la que me enamore
Y sin embargo. Cada átomo, cada partícula, cada trozo de tu piel
ha de traerme de vuelta a América.*

O ese otro, cuando andaba ya demasiado cargada de alcohol:

*Oh filosofía, tú que pintas y cantas la gramática del mundo,
asísteme hoy y mañana
a deshilar y comprender mis aventuras de aquellos días idos,
espoledados por la deriva.*

Los canturreos de Marteló se extendían con muchas más palabras en la plenitud de la noche, pero Betty no comprendía mucho de español, de modo que esas eran las únicas líneas que podía recordar. Era su dificultad para entender lenguas foráneas o sencillamente se debía a que ya era una mujer con una edad considerable, a la que se le olvidaban las cosas, y tenía que apuntarlo casi todo para no generar mucho caos por los sitios donde se movía. Si alguien le hubiese dicho que Irene Marteló había regresado nuevamente a las tierras del noreste americano, concretamente a Vermont, a pasearse por Burlington, a detallar los cambios de la ciudad y a recalar por sus librerías de costumbre, la acogedora y mítica Crow Books, o la impecable Phoenix, o la hermosa y espaciosa Barnes & Noble, se hubiese pensado más de dos veces si era conveniente salir de casa. Llevaban más de una década sin verse y seguramente de ninguna de las dos se podría decir que era mujeres jóvenes o con muchas cosas inesperadas en el horizonte. ¿Con qué versión de Marteló se encontraría? Se preguntaba Betty cuando iba a pensar su vida frente al lago Champlain, acompañada por un cucurucho de helado. La misma pregunta se hacía justo esa mañana de otoño Irene, frente al lago donde a Betty le gustaba ir a comer helados y pensar sobre otros días. Cómo la hallaría Betty, volvía a pensar Irene, cuál de las dos habría envejecido con menos dolencias físicas y con menos lagunas mentales, y sobre todo, se preguntaba si todavía trabajaría en Perish Garden. O si sencillamente había entrado a formar parte de las camareras pensiona-

das o retiradas del oficio. En estos asuntos pensaba Irene mientras contemplaba el vuelo de las gaviotas sobre el lago Champlain, sus idas cielo arriba y los aleteos suaves hasta finalmente tocar nuevamente tierra. Las veía pasar y se quedaba sorprendida de que ninguna volase sola, que todas fueran en pareja o en grandes bandadas. Algunas aves también descendían muy cerca de donde se hallaba Irene y comenzaban a dialogar entre ellas, como si fueran una de esas parejas de loros que se paran en los tejados y comienzan a comentar el mundo. Esa variedad de aves y pajarracos, que veía volar y posarse sobre cualquier estructura para descansar del largo vuelo, eran un claro ejemplo de que no estaba bien andar tan sola por tierras americanas. Quizás nunca se debió mudar de Vermont y debió decidirse por una vida en común con Betty. De haber sido así, no hubiese tenido que criar un hijo sola, y ese hijo hubiese contado con la estupenda fortuna de tener dos madres, una nativa americana y una nativa europea, datos nada desdeñables dentro de la creación de una genealogía. Hubiese sido motivo de regocijo criar a alguien junto a una persona como Betty, que como Irene, se hallaba propincua a las aves. A pesar del paso de los meses y las décadas, y de haberse volcado sobre esos palacios de ladrillo y cemento que son tantas universidades, todavía la maravillaba ver aflorar un pájaro amarillo de las ramas y las hojas de los árboles, o ver a una camada de azulejos conformar y deshacer sus nidos. Un espécimen particular hubiesen entregado a los integrantes de la sociedad que frecuentasen, pensaba Irene, tal vez alguien

demasiado apegado al lenguaje de los animales, un posible veterinario, o granjero entregado a la buena crianza, a la preservación, y a la defensa de las causas animalistas. O también podría haber sido uno de esos intelectuales excéntricos que escriben sus libros mientras un loro les habla a largo de cada jornada, desde uno de los bordes del escritorio. Puede que sus cabellos se hubiesen cubierto de canas y que en la comisura de sus ojos hubiesen salido abundantes líneas, pero Irene se seguía perdiendo en ese tipo de fantasías cuando tenía el lago Champlain frente a ella. Eso no había cambiado, así como tampoco la costumbre de los burlineses a ir de caza por los bosques de Vermont. Al volver sobre la imagen de su hijo, criado por las calles empedradas y las construcciones de ladrillos diminutos rojizos de Burlington, fue inevitable que se cruzase por su mente asimismo la imagen de su vástago, convertido en un habitante de las praderas y los magníficos bosques de esa parte de Nueva Inglaterra, fulminado por el cañón de una escopeta, derribado, con sangre alrededor de su silueta, y un animal a su lado, brindando su propia ceremonia de despedida. Venía a Burlington para deshacerse de las imágenes de la desaparición de su hijo y para visitar algunas viejas caras de su pasado, para de algún modo justificar ese año sabático que le concedió la Universidad de Stanford. Quería sanar un poco, le dijo al jefe del departamento de estudios literarios, y por ello creía que debía pasar una temporada en una pequeña ciudad como Burlington, ideal para el olvido y abrir paso a nuevas esperanzas. A quién engañaba, se diría lue-

go mientras alistaba su maleta viajera, si sabía el poder que el agua del Champlain tenía sobre ella, arrullando legajos de memorias no tan tranquilizantes. En cualquier caso, delante suyo tenía ese inmenso lago de tonalidad azul cristalino que en invierno se congela y la gente suele usar para realizar algunos deportes sobre hielo. Había llegado en otoño, es verdad, pero en una ciudad tan fría como Burlington, donde los inviernos ocupan casi medio año, la estación que había elegido para reencontrarse con Vermont, era cuando menos fugaz. De manera que no, no había razones para pensar que iría a perderse de ese espectáculo familiar que es el lago Champlain en invierno. Debía volver por los alrededores del City Market para formalizar el contrato de arrendamiento de una espaciosa casa en un par de horas. En principio, serían tres meses, con derecho a prórroga.

Tras firmar los papeles del contrato inicial, Irene se encaminó al City Market para abastecerse de algunas cosas. Era una fortuna haber conseguido una casa cercana al mercado, era como volver a ser una estudiante de posgrado y dejar de ser una profesora con una trayectoria hecha, a unos pocos años de alcanzar la pensión. Al atravesar la puerta de entrada, notó que los colores y los deliciosos olores de las frutas y las verduras seguían siendo los mismos de siempre. La sección de quesos y vinos seguía conteniendo productos italianos, franceses, argentinos, chilenos, estadounidenses, holandeses y belgas. Se hizo de unas cuantas barras de queso cheddar, tanto de los que vienen con la franja naranja como los de la franja ne-

gra. La sección destinada a los enlatados y los productos en bolsas de papel, tenía disponible la maseca mexicana, esa harina inigualable para hacer arepas. Al detenerse en la sección de productos fríos volvió a dar con los frascos rellenos de sidra de manzana y con la leche Half & Half. El orden de las cosas, en lo concerniente al City Market, parecía no haberse alterado en todo este tiempo en el que Irene había estado ausente. Quizás el cambio más notable se encontraba en las cajas registradoras, pues por ninguna parte vio el rostro de la joven con cara y ropa de película de Hitchcock o de ajedrecista, de la cual se prendió en una de sus últimas visitas a Vermont. Eligió bolsas de papel para empacar las cosas que creía que necesitaría en los próximos días y salió del mercado con ansías de probar una rodaja de pan con queso cheddar y un poco de vino. Tomaría algo tan ligero como eso de almuerzo y en la noche iría al encuentro con el Perish Garden, o con lo quedase de dicho lugar.

Al descorchar el vino en casa, se dijo a sí misma que había vuelto a Vermont a hacer de sepulturera y de oidora al mismo tiempo. Quería enterrar una parte de ella y a la vez no perder detalle de lo que la rodeaba, quería escuchar cuanto parloteo pudiese, y dedicarse a contemplar una ciudad que creyó suya, en la juventud. El dinero ahorrado y los términos que fijaron en Stanford para su año sabático, le daban un respaldo económico suficiente como para darse una vida más que cómoda a lo largo de doce meses. Al verter el vino sobre la copa, se imaginó a sí misma nuevamente en los buses repletos de estu-

diantes de la Universidad de Vermont, a los niños de piel rosada y de voces animadas, a los adultos de su edad, con sus *jeans* y sus camisas cazadoras, portando aquellas botas cafés abollonadas y cubiertas por capas de nieve, preparados para asumir con cálida voluntad la jornada de trabajo. El trayecto a Williston, indudablemente, entraba dentro de los planes de esta primera semana de retorno. Posiblemente, se dijo Irene al saborear las primeras gotas de vino, lo primero de lo que debía deshacerse era de las expectativas de ver antiguos rostros. Al carajo con todo lo que esto generaba. A su cabeza se le venían las palabras de una amante de antaño, que hablaba de los hombres con los que había estado como si fuesen bombones u hombres de discursos inteligentes y seductores, y que, cuando Irene pudo conocerlos por su cuenta, no eran ni una cosa ni la otra, ni atractivos ni muy brillantes que digamos. Bastaba una primera copa para caer en cuenta del grado en que se sobredimensionan los encuentros o los reencuentros con las personas que creímos relevantes en nuestro andar, se dijo Irene al desplazarse a por un cuchillo para cortar una rodaja de queso. Cortó el trozón que necesitaba para acompañar su bebida y ello hizo que se le iluminase otra sección empolvada de su cabeza. Una de las cosas que olvidó visitar en el City Market fue la sección de frutos secos. Cómo había podido olvidar dirigirse a ella, se lamentó y achacó la laguna a justamente la mezcla de emociones producidas por las expectativas del reencuentro, un aspecto que resultaba necesario extirpar de ella pronto, en el transcurso de las próximas semanas.